

EL DINERO DE LOS PARTIDOS

A diferencia de las reconversiones industriales, la «reconversión política» de España consistió en un cambio total en la concepción de las estructuras y del funcionamiento del Estado. Tuvo lugar por impulso regio, y con la aprobación del pueblo, en el corto espacio de los dieciocho meses que separan el fallecimiento del general Franco y la convocatoria de las elecciones generales de 1977. En ellas todas las formaciones políticas, sin restricción ninguna, pudieron presentar sus candidaturas y todos los ciudadanos mayores de edad fueron llamados a otorgar sus sufragios, sin limitaciones también.

Las elecciones de junio y las numerosas votaciones siguientes implicaron el establecimiento del sistema de partidos y su posterior consolidación. Tan importante como estos hechos ha sido la aceptación por el público del esquema institucional «reconvertido», con los partidos políticos como instrumento principal para canalizar las corrientes de opinión y los votos, y presentar las candidaturas.

Cuestión secundaria es que el sistema del setenta y siete haya sufrido una mutación sustancial en el 82, con la desaparición del Centro, el gran crecimiento socialista y el no menor incremento de los «populares», que hoy son la derecha y el centro centro-derecha de la opinión pública. Cosas parecidas han ocurrido y ocurren de vez en cuando en otros países, donde las tradiciones democráticas y partidistas han tenido mayor continuidad. En el Reino Unido, durante las décadas veinte y treinta, los liberales —el viejo partido de Gladstone, de Asquith, de Lloyd George y del joven Churchill— fueron sustituidos por los laboristas como alternativa a los conservadores, y después no han logrado nunca un número decisivo de miembros en los Comunes. En tiempos más recientes, la nueva Alianza social demócrata, desgajada del tronco laborista por su ala derecha, representa otra innovación británica de consecuencias difíciles de prever.

En Francia no sólo se modificó el mapa de los partidos entre la tercera y la IV República, y luego de la IV a la V, sino incluso dentro de esta misma. En Alemania, el descenso liberal y el crecimiento verde amenazan con alterar una situación que tenía visos de mayor estabilidad.

La distribución de los partidos en todas las democracias es algo fluido. Además, como decía el suizo Saussure, respecto de las lenguas, constituyen un sistema. Cualquier movimiento de una de las piezas da lugar a un cambio en la posición de ésta y de las demás respecto del conjunto.

Con todo ello quiero decir que si el sistema admite



ANTONIO
FONTÁN

mutaciones, no por eso deja de existir como tal. Y que sin un sistema de partidos no hay democracia propiamente dicha. Con todos los vicios que los partidos pueden llegar a tener en el caso de mayores corruptelas, son un bien precioso e irremplazable para la protección y el fomento de las libertades democráticas. Son algo valioso.

La pregunta que viene a continuación tiene especial actualidad ahora en España. ¿Son baratos o caros, y cómo se pagan? Más concretamente, ¿Cómo se han financiado entre nosotros, cuánto dinero se ha gastado

en ello? Por eso mencionaba al principio de este artículo la palabra «reconversión». ¿Cuál ha sido el costo de la reconversión política?

Es posible que la comisión parlamentaria que acaba de crearse en el Congreso dé una respuesta definitiva y oficial. Puede adelantarse, sin embargo, que los partidos políticos y las sucesivas elecciones han costado muy poco dinero, en proporción a la trascendencia de su presencia y de su eficacia en la vida pública. Al desaparecer la UCD, su pasivo superaba un poco los cuatro mil millones de pesetas, después de indemnizar a las personas que trabajaban en la organización y frente a un activo ciertamente estimable. Los socialistas dejan traslucir un endeudamiento que rebasa los tres mil millones de pesetas, pero no más. La última y más cara de las campañas de elecciones generales, la del 82, costó menos de la mitad del déficit de Renfe en ese mismo ejercicio. Los partidos han supuesto miles de millones, pero en esta época de las reconversiones, la «política» ha sido la menos cara de todas.

La mayor parte del dinero invertido en ella ha salido de bolsillos españoles, aunque hayan existido los donativos anónimos o aportaciones encubiertas.

De fuera, aparte de lo que haya podido recibir el PC, que tampoco ha sido tanto ni le ha aprovechado mucho, las cantidades más sustanciosas han venido de Alemania, sobre todo a través de las fundaciones paralelas a los partidos.

Alguna de ellas ha podido llegar entre lo que han traído a España y lo gastado fuera en cursos, visitas y viajes de políticos españoles casi dos mil millones de pesetas a lo largo de nueve años.

Todo lo cual, para lo que representan los partidos políticos en un sistema democrático es, al final, muy poco. La paz política de España y su contribución a la estabilidad de Europa ha sido barata. Los escándalos en torno a lo que dijo o no un diputado alemán más bien irresponsable tienen bastante de farsa.